

EL HORIZONTE EDUCATIVO-CORPORAL-AFECTIVO DE LA CATEQUESIS. ¿VOLVER A COMENZAR DESDE LA FAMILIA?

LA PROBLEMÁTICA DEL CONGRESO DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA

Salvatore Curro¹

¿LA FAMILIA ES DESTINATARIA O SUJETO DE LA EDUCACIÓN DE LA FE?

La familia está en el centro de la atención evangelizadora de la Iglesia y también está en el centro de la pastoral catequética, en las intenciones y muchas veces también operativamente; puede pensarse en muchas experiencias: el acompañamiento pastoral de los novios y de las parejas jóvenes, los itinerarios de preparación al bautismo, la implicación de los padres en los itinerarios de iniciación cristiana de los niños y de los jóvenes, la catequesis para los miembros específicos de la familia (los adultos, los niños, los jóvenes) etc. La familia es, por tanto, destinataria privilegiada de la propuesta de la fe. ¿Es también su sujeto? En línea de principio, lo es, o debería serlo. Es, incluso, el primer sujeto de educación de la fe. El

¹ Religioso Josefino. Profesor de catequética en diversas Facultades de Roma. Expresidente de AICA (Asociación italiana de catequetas)

primer «ámbito» de crecimiento de la fe; más aún, es «Iglesia doméstica»². Por esto los padres son los «primeros educadores de la fe» y «en la fe» de los propios hijos³. El «lugar» familiar tiene así una prioridad, entre los lugares catequéticos, vinculada al hecho de que la familia tiene «una prerrogativa única», que es precisada así: ella [la familia] «transmite el Evangelio enraizándolo en el contexto de profundos valores humanos»⁴.

La prerrogativa, como se ve, es de tipo educativo; es decir, vinculada al hecho de que la familia es «la primera escuela de valores humanos», que marca fuertemente a la persona en sus inclinaciones y emociones fundamentales⁵. Ella, en cuanto «ámbito de la socialización primaria», «es el primer lugar en el que se aprende a situarse frente al otro, a escuchar y a compartir, a soportar, a respetar, a ayudar, a convivir»⁶. Ella es el principio del crecimiento en sociedad, pero también el principio de un verdadero crecimiento de la sociedad y de toda la familia humana⁷. El crecimiento en la fe necesita insertarse y radicarse en el crecimiento humano e integral de la persona. La Exhortación apostólica del Papa Francisco sobre el amor en la familia se mueve en esta perspectiva⁸. Sin embargo, el nacimiento y el desarrollo de la

2 DGC 255. Sobre el tema de la iglesia doméstica nos remitimos a LG 11, AA 11 y FC 49; el tema se retoma repetidamente en AL (ver los núm. 15, 67, 86, 227, 292, 318, 324).

3 DGC 226 y 255. Ver también AL 287-290.

4 DGC 255.

5 AL 274.

6 AL 276.

7 «La familia es el lugar principal del crecimiento de cada uno, ya que a través de ella el ser humano se abre a la vida y a la exigencia natural de relacionarse con los otros. Son numerosas las veces que podemos constatar cómo los vínculos familiares son esenciales para la estabilidad de las relaciones sociales, para la función educativa y para un desarrollo integral, ya que están animados por el amor, por la solidaridad responsable entre generaciones y por la confianza recíproca. Estos son los elementos capaces de hacer menos gravosa también las situaciones más negativas y conducir a una verdadera fraternidad a la humanidad entera, haciendo que se sienta como una sola familia en la que las mayores atenciones se dirigen a los más débiles». (Francisco, *Discurso a los participantes en la 36ª sesión de la Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura* [FAO], Roma, 20 junio 2013) 4).

8 La sensibilidad educativa en AL es muy fuerte. Se apoya mucho en las dinámicas del amor (ver capítulo IV), de la fecundidad del amor (cap. V), de la educación de los

fe sobre una base educativa, es decir, a partir del crecimiento humano que tiene lugar en la familia es, de hecho, problemático. ¿Por qué motivos? ¿Por las dificultades de la familia en el contexto sociocultural actual? ¿Por falta de amplitud de miras en la pastoral eclesial?

Las declaraciones del Magisterio que acabamos de citar, relativas a la centralidad del lugar de la familia para el crecimiento de la fe, son tan elevadas desde el punto de vista teológico como irrelevantes –así al menos parece– desde el punto de vista pastoral, porque están distantes de la situación real de las familias. Ellas hablan, al máximo, de un ideal hacia el que tender, no ciertamente de un punto de partida. Las diferentes experiencias familiares se hallan marcadas realmente por fuertes problemáticas relacionales, educativas, sociales, económicas, éticas⁹. La capacidad de transmitir la fe se ha hecho más débil; con frecuencia hay un rechazo a hacerlo; a lo más, se es indiferente. Incluso en los contextos en que la tradición cristiana se mantiene todavía viva, la socialización religiosa experimenta frenos y la transmisión de la fe por vía familiar se hace cada vez más difícil. En esta situación, la comunidad eclesial, convencida de que la familia ya no está a la altura de educar en la fe, se ha convertido ella misma cada vez más en sujeto y lugar privilegiado de crecimiento en la fe, en algunos aspectos sustituyendo a la familia. La pastoral eclesial se dirige a la familia y la interpela de cara a una acción corresponsable de catequesis, pero lo hace poniéndose a sí misma en el centro. Implica a la familia después de haberse apropiado de la iniciativa primera; la busca después de haberla situado en un segundo plano. Le echa en cara que delegue en la comunidad cristiana la educación a la fe de los hijos, después de haberse tomado ella misma esta delegación.

Es la comunidad cristiana, entendida en general como comunidad parroquial, el primer sujeto de la catequesis, no la iglesia doméstica, aunque evidentemente la familia es parte integrante de la comunidad cristiana. La práctica catequética ha caminado en este sentido, pero también la reflexión catequética e incluso, si

hijos (cap. VII). La lectura del texto deja la fuerte sensación de que la verdad humana de estas dinámicas, su promoción, su acompañamiento debe ser una preocupación pastoral esencial para la Iglesia y que el sentido de la fe se enraza y se entrelaza profundamente con estas dinámicas.

⁹ La misma AL propone «tener los pies en la tierra» es decir, partir de la realidad y de los desafíos actuales de las familias (ver los núm. 31ss).

se piensa bien, el magisterio catequético. En efecto, los temas de la catequesis doméstica y de la familia como primer sujeto de educación a la fe y en la fe, son, en realidad, en el mismo contexto de los documentos, temas un poco aislados, no se desarrollan sus implicaciones pastorales, al menos en el sentido de que no llegan a ser una perspectiva de repensamiento de la pastoral. Parece como una deuda que hay que pagar a los *orígenes domésticos* de la Iglesia, pero después se quiebran frente a la crisis actual de la familia y al clima cultural de secularización y de progresiva desafección de cara a la fe. De hecho, en el trasfondo prevalece la idea de que la familia, en un contexto cada vez más secularizado, ha dejado de ser capaz de educar a la fe¹⁰.

Y, con todo, se insinúan algunos interrogantes. ¿El paso gradual, en la transmisión de la fe, de la familia a la comunidad cristiana (parroquial) era verdaderamente necesario? ¿Ha estado determinado solamente por la situación cultural, es decir, por el proceso de secularización? ¿Es provechoso continuar leyendo la realidad, también la de la familia, en clave primordial de secularización? Situar en el centro a la comunidad cristiana para recuperar en un segundo momento la aportación de los demás sujetos (y de la familia), ¿es un camino de futuro? ¿Y qué se entiende por comunidad cristiana? ¿Por qué se tiende a dar prioridad, en este concepto, a la comunidad parroquial? ¿La comunidad parroquial está en mejor condición de salud con respecto a la familia? Más aún: la Iglesia doméstica, la familia en cuanto sujeto de educación a la fe, el hecho de que los padres sean insustituibles en la educación cristiana de los hijos ¿no podrían convertirse en criterios de renovación de la pastoral catequética? Y además, ¿no podrían convertirse en claves de interpretación de la situación actual, quizás para ayudar a leerla en más profundidad, para hacer captar en las experiencias familiares, más que las carencias, los recursos y la acción de Dios que actúa? ¿No son las familias verdaderamente el primer lugar de la acción de Dios y el primer lugar eclesial, precisamente en sus dificultades y fragilidades? ¿No podrían, incluso, convertirse en lugar y

¹⁰ Hay que decir que la Exhortación apostólica sobre el amor en las familia va en este sentido contracorriente, por el tono fundamentalmente positivo y animoso que la atraviesa, sin ignorar por ello las dificultades. La invitación no es solamente a no dejarse dominar por el pesimismo sino también a hacer una saludable autocrítica: a veces, la Iglesia misma, por sus modos de presentar la doctrina y de tratar a las personas, provoca aquello mismo de lo que se lamenta, y también esto forma parte de una lectura realista de la situación (AL 36).

perspectiva privilegiada de la misma renovación de la comunidad eclesial y, dentro de ella, de la pastoral catequética?¹¹.

Vale la pena sondear esta posibilidad, que pasa por una coyuntura esencial: es necesario volver a comprender la relación entre catequesis y educación; también hace falta intentar restituir a la catequesis un horizonte exquisitamente educativo, de un modo tan radical que reconduzca a la catequesis a la acción educativa de Dios.

¿ES NECESARIO DEVOLVER A LA CATEQUESIS UN HORIZONTE EDUCATIVO, EL DE LA PEDAGOGÍA DE DIOS?

La catequesis se ha renovado en relación con la educación. Más aún, el mismo proceso de renovación se ha reorientado a partir de la confrontación con las instancias educativas y con las adquisiciones de la pedagogía¹². En esta línea, la catequesis ha sido comprendida esencialmente como *educación a la fe*. Y, sin embargo, en la evolución de la renovación catequética, la relación catequesis-educación ha pasado a un segundo plano con respecto a la relación catequesis-Palabra de Dios y, sobre todo, con respecto a la relación catequesis-Iglesia o catequesis-evangelización. En efecto, la catequesis es pensada hoy, fundamentalmente, «dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia»¹³. Ciertamente, la dimensión educativa continúa marcando la catequesis, o incluso toda la pastoral¹⁴, pero el horizonte lo recibe de la comunidad cristiana y de sus tareas evangelizadoras.

11 Sí, como sugiere el Papa Francisco, es dentro de los muros de la casa donde comienzan la ética y la política de la no-violencia y la transformación de toda la familia humana, ¿por qué no debería comenzar desde la familia la renovación de la comunidad cristiana? (ver el *Mensaje para la celebración de la 50ª Jornada mundial de la paz, 1 enero 2017. La no-violencia: estilo de una política para la paz*, 8 de diciembre 2016, 5; el párrafo lleva el título: «la raíz doméstica de una política no violenta»).

12 La primera fase del movimiento catequético, como se sabe, es la fase de la renovación metodológica y de la toma en consideración en la catequesis de los desarrollos de la moderna pedagogía (cf. G. BIANCARDI – U. GiANETTO, *Storia della catechesi, 4. Il movimento catechistico*, LAS, Roma, 2016, 163ss).

13 Es el título de la primera parte del DGC.

14 En esta línea van las Orientaciones pastorales del episcopado italiano para la década 2010-2020 (Conferencia Episcopal Italiana, *Educare alla vita buona del Vangelo*, 4 de octubre 2010).

Tal horizonte da inexorablemente a la catequesis un carácter de intraeclesialidad, por más que la misión de la Iglesia pueda ser abierta y por más que la pastoral de la Iglesia pueda estar atravesada por una conversión misionera. En el centro sigue estando la preocupación eclesial por evangelizar, por más que se pretenda que los interlocutores no sean solo destinatarios sino también sujetos de la acción pastoral-educativa. Lo humano sigue estando en la posición de ser *alcanzado* por la propuesta de la fe, aunque se desee que la propuesta sea existencialmente significativa y se mida por el crecimiento en humanidad. ¿Pero no sería necesario ir más allá? ¿No podría la misma educación servir de horizonte a la propuesta de la fe, a la pastoral eclesial? El crecimiento de la fe de los sujetos, que ciertamente necesitan la experiencia y la propuesta eclesial ¿no tiene su fundamento último en la acción educativa de Dios, que se abre camino en el corazón de cada uno? Y tal fundamento ¿no debería ser también el eje de la acción catequética? Lo humano, antes de ser alcanzado por la propuesta de la fe ¿no está ya transido de huellas divinas, con las que tiene que contar radicalmente la propuesta eclesial?

Volver a encontrar el horizonte educativo significa entonces medirse con la acción educativa de Dios. En el fondo, la catequesis se juega su sentido en el hecho de acercarse más o menos a la acción educativa de Dios. El reto que tiene es mediar en esa acción, prolongarla, y antes que todo acercarse a ella y secundarla. Ella es acción educativa en cuanto se sitúa sobre las huellas de la acción educativa de Dios; es educación a la fe en cuanto se lleva a cabo *según* la acción educativa de Dios, es decir, en cuanto la *secunda*. Tal acción es el sentido mismo de la revelación de Dios, es decir, de su iniciativa de amor. Hay, en efecto, una profunda conexión entre la polaridad catequesis-educación y la polaridad catequesis-Revelación, que también es central en el camino de renovación de la catequesis¹⁵. Aquí la catequesis ve cruzarse dos líneas de su camino de renovación, llamadas hoy quizás a entrecruzarse profundamente. Este cruce se observa bien en el motivo de la *pedagogía de Dios*, tal como se habla de ella en el *Directorio general para la catequesis*¹⁶. Y, sin embargo, tal motivo, situado en el Directorio en la parte metodológica, para sugerir una pedagogía y una metodología inspiradas en la Revelación, no tiene

15 Véase el capítulo 1 de la primera parte del DGC (36ss).

16 DGC 139ss.

la fuerza para convertirse en el motivo dominante que da el sentido mismo a la catequesis. Esta se mantiene aprisionada «en la misión evangelizadora de la Iglesia». ¿Pero no sería necesario pensar en la misma misión evangelizadora en el horizonte de la pedagogía de Dios, y, por tanto, la misma pastoral en el horizonte de la educación? Brevemente: más que pastoral con dimensión educativa, educación con dimensión pastoral. Aunque a condición de asumir, en la educación, la inspiración y la medida de la pedagogía de Dios.

El tema de la pedagogía de Dios en realidad no es un tema central de la reflexión catequética. Esta tiene dificultad para articular la mutua relación entre acción catequética y acción educativa de Dios. Generalmente se queda en el plano de una valoración de las ciencias humanas (de la educación, de la comunicación), respetando su epistemología, y de la interpretación de la originalidad de la catequesis en relación con los contenidos y los valores de la fe. Se tiene la sensación de que la relación entre catequesis y experiencia educativa (como también entre catequética y pedagogía) resulta, en el fondo, extrínseca, como entre dos realidades separadas. En cambio, sería necesario estudiar cómo la catequesis podría enraizarse en el corazón, o en la verdad, de la experiencia educativa, y sería necesario saber ver el crecimiento de la fe en los procesos de crecimiento en humanidad a partir de las huellas de la acción de Dios inscritas en lo humano.

Con este fin, es decisivo superar una visión neutra de lo humano que, en general, no es cuestionado sino solo relacionado (extrínsecamente) con la fe. Por el contrario, lo humano está siempre marcado por un dilema. Cualquier movimiento humano, incluso antes de hacerse opción o decisión voluntaria, está marcado por el bien o por el mal, por la verdad o por la mentira, por la reconciliación consigo mismo o por la huida de sí mismo, por la acogida del otro o por la cerrazón narcisista o inmanente. Está siempre en sintonía o en disonancia con respecto a las llamadas y a las promesas de Dios, inscritas en la trama de la existencia. En otras palabras, nuestra forma de posicionarnos en la vida está siempre cercana o lejana a Dios, y lo está ya incluso antes de tomar conciencia de ello y antes también de cruzarse con la propuesta eclesial. La reflexión catequética debería trabajar sobre los dilemas, sobre las llamadas, sobre las promesas, sobre las huellas de creación y de redención de lo humano, y ver cómo el evangelio puede habitarlos (sea en la fase del

262 *El horizonte educativo-corporal-afectivo de la catequesis. ¿Volver a comenzar desde la familia?*

primer anuncio como en la de la catequesis). Se trata, más que de relacionar extrínsecamente el evangelio y lo humano, de re-situar el evangelio en los lugares que tienen consonancia con él para que *vuelva a resonar*; se trata también de buscar la sintonía en un plano más corporal y afectivo que cognitivo.

La debilidad de la reflexión catequética sobre estos aspectos se explica por la dificultad que se encuentra, en el plano práctico, para sentir cercanas y vinculadas, en la mentalidad eclesial, las experiencias catequéticas (de educación a la fe) con las experiencias educativas donde la fe hace de inspiradora (con frecuencia decimos: *la educación cristiana*)¹⁷. Experiencias que deberían encontrarse quedan, en cambio, paralelas. La catequesis pertenece más directamente al territorio eclesial, la educación inspirada en la fe (por ejemplo, la escuela católica, la enseñanza de la religión, la enseñanza de disciplinas diversas por parte de docentes motivados por la fe, etc...) pertenece, práctica y mentalmente, a un territorio laico (fuera o en los confines de la comunidad eclesial). La catequesis se ocupa de la propuesta de la fe y quiere mostrar su significatividad con respecto a lo humano; la educación cristiana tiene que ver con lo humano y quiere conducirlo a la verdad entrecruzándose, por este camino, con el evangelio de Jesucristo. Aún más que la falta de relación entre ellas, es problemática la falta de profundidad y de calidad entre ambas experiencias. La catequesis, de hecho, quiere llegar a lo humano, pero con frecuencia no lo llega a tocar verdaderamente; la educación inspirada en la fe parte de lo humano pero no logra conseguir que su camino de verdad se encuentre con los recursos eclesiales. Ambas perspectivas están marcadas por un dualismo sutil; ambas pivotan con frecuencia sobre lo cognitivo más que sobre lo afectivo; están faltas de inspiración, de hálito (de Revelación y de verdadera humanidad); tratan el evangelio en un plano de significados, sin advertir las instancias de la resonancia; carecen de una antropología de alto nivel, capaz de interpretar el verdadero sentido de lo humano y de la Revelación;

17 Sobre la relación en que se expresa el compromiso educativo eclesial, cf. G. ANGELINI, *L'educazione cristiana. Congiuntura storica e riflessione teorica*, en: «Rivista del Clero italiano» XC (2009) 7-8, 516-534. El autor lamenta, entre otras cosas, la ausencia de la reflexión teológica con respecto a la educación: «Al vivo interés por el tema corresponde un esfuerzo bastante escaso del pensamiento y, por tanto, de la teología. Como todos los temas fundamentales de carácter antropológico, también el tema de la educación ha estado durante siglos ausente del repertorio de los temas obligados de la teología. También en la época reciente, cuando el tema se ha impuesto a la atención pastoral, el interés de la teología ha sido esporádico» (ibid. 516-517)

en definitiva, no se encuentran con el ámbito de la pedagogía de Dios.

La experiencia familiar ¿no posee las claves del encuentro entre la catequesis y la educación inspirada en la fe? ¿Y no posee también las claves para volver a dar profundidad a ambas? Para volver a dar aliento de fe a la educación cristiana (y también a la catequesis) y para situar a la catequesis (y también a toda la educación cristiana) dentro del horizonte de la pedagogía de Dios, ¿no es necesario dejarse interpelar seriamente por las dinámicas de la familia? ¿No es ésta en verdad el primer lugar de la colaboración con la obra creadora de Dios y el reflejo de esta misma obra?¹⁸. ¿No es, en primer lugar, en la experiencia familiar donde se encuentran (no porque se comprenden, sino, en cierto modo, porque se habitan) las primeras y más fundamentales huellas de la obra educativa de Dios?

¿ES NECESARIO SITUAR LA INTELIGENCIA DE LA FE SOBRE LA PRÁCTICA CORPORAL Y AFECTIVA?

La experiencia familiar es de todos; nos iguala, aunque en la diversidad de formas y de recorridos; nos marca radicalmente y para siempre. Siempre seguiremos siendo hijos, aunque lleguemos a ser padres; en deuda con respecto a la vida, aunque tengamos que comenzar desde nosotros mismos; enraizados en una historia, aunque tengamos que construir el futuro; unidos con los otros, aunque tengamos que construir autonomía; con rasgos de otros, aunque seamos libres. La experiencia familiar nos mantiene con los pies en la tierra, nos hace sentirnos arraigados, para poder construir sólidamente. La historia familiar de todos se sitúa en el dilema de ser amados o no amados, acogidos o no acogidos, de aprender a amar o no. Ciertamente, las experiencias pueden ser más o menos felices, pero nadie escapa de este dilema. También es difícil valorar con absoluta certeza la positividad mayor o menor de las experiencias, y los vuelcos son frecuentes: el amor puede revelarse de pronto opresivo; una traición puede convertirse en motivo para un reencuentro; la atención al otro (a la mujer, al marido, al hijo) puede revelar de improviso el propio repliegue sobre uno mismo, el propio narcisismo; la debilidad, cuando se manifiesta, puede revelarse como fuerza. La experiencia familiar está marcada

18 «La actividad generadora y educadora es [...] un reflejo de la obra creadora del Padre» (AL 29).

por la realidad concreta, por el desafío a la sinceridad y a la reconciliación, por el ejercicio nunca acabado de la responsabilidad, por el tener que contar continuamente con la verdad de sí mismo y del otro.

Es apertura a la verdad de la vida, y, por tanto, posibilidad de discernir, con más o menos advertencia, un poco solos y un poco ayudados por algún otro, huellas de la filiación divina y de la redención que ya ha tenido lugar. Somos hijos de Dios, somos redimidos por Jesucristo y somos hermanos en Él, no desde el momento en que alguno nos lo anuncia o desde el momento en que nosotros lo creemos, sino que lo somos realmente (cf. 1Jn 3,1), por los rasgos que llevamos, incluso en el cuerpo. Ellos hablan de que venimos de otros, de que estamos vinculados a los otros en el bien y en el mal, de que hemos sido ya alcanzados por el bien, más fuerte que cualquier otro mal. El impacto con el Evangelio no es como si le sobreviniese un sentido a la vida desde fuera, no es, antes que nada, el encuentro con las claves de interpretación de la vida. Es, más bien, la posibilidad, mediada por la Iglesia, por los cristianos, por las ayudas eclesiales, del contacto con Jesucristo mientras se van recorriendo los caminos de la vida. Jesucristo, más que el sentido de la vida, es compañero de camino; con Él nos abrimos a las llamadas a la verdad de la vida, se habitan aquellas huellas que, antes de ser interpretadas, reclaman ser vividas en el valor de la reconciliación (consigo mismo, con los otros, con Dios, con la verdad de la vida).

Se perfila una transmisión de la fe en el signo del «por Cristo, con Cristo y en Cristo», más que del *hacia Cristo*. Pero, antes que nada, se perfila una transmisión de la fe arraigada, con los pies en la tierra, que no propone superestructuras, sino que reenvía a la verdad (a la realidad concreta, a las huellas) del vivir. La óptica pastoral catequética del *con Cristo* libera también de la idea de que para encontrar a Cristo sea necesaria una base experiencial (y familiar) positiva (o que nosotros juzguemos positiva, generalmente desde el punto de vista moral)¹⁹. El encuentro con Cristo es posible para

¹⁹ Como aparece, por ejemplo, en el DGC donde, cuando se habla de la catequesis de los pequeños y de los niños, se vincula «la catequesis familiar» a un ambiente familiar «positivo y acogedor» y al ejemplo que arrastra de los adultos, para una primera sensibilización y práctica de la fe» (178). Después se toma nota de que hay situaciones de «pequeños y de niños claramente en desventaja, en cuanto que les falta

todos. Desde el punto de vista eclesial ¿no hay que restituir a Cristo a los más pobres? ¿Y no hay que reconocer, por parte de la comunidad eclesial, que Cristo está particularmente presente allí donde hay pobreza, debilidad, fracaso, mejor todavía: allí donde se camina por senderos de verdad de la vida, allí donde el fracaso no oscurece las huellas de filiación, de bondad, de redención, que quedan allí, como testimonio de que el bien siempre es posible? El papa Francisco está invitando fuertemente a la Iglesia a una mirada sobre la vida que sepa reconocer, ante todo, los signos de la acción de Dios, sin dejarse vencer por el pesimismo²⁰. El Jubileo de la misericordia, además, nos ha invitado fuertemente a leer nuestra época como «*kairós* de misericordia»²¹ y nos ha advertido de poner condiciones a la misericordia de Dios²².

Las huellas, inscritas en la vida, son imborrables y, como se ha dicho, no son, antes que nada, para comprenderlas; es decir, no son signos que remiten a un significado. Son para recorrerlas, incluso para habitarlas, con el riesgo de la confianza y del amor. Abren al registro de lo afectivo más que de lo cognitivo (sin por ello excluirlo), al registro del cuerpo más que de la voluntad (sin minusvalorarla). Son los registros constitutivos de la experiencia familiar. En

un adecuado apoyo religioso familiar, o porque no tienen una verdadera familia, o porque no frecuentan la escuela, o porque sufren condiciones de inestabilidad social, o inadaptación, o por otros motivos ambientales» y por ello se invita a la comunidad cristiana a tener un papel más activo y de sustitución: «Toca a la comunidad cristiana hacerse cargo de ellos con un generoso, competente y realista servicio de suplencia, buscando el diálogo con las familias, proponiendo fórmulas educativas escolares apropiadas» (180). Es la lógica del desplazamiento de la familia a la comunidad cristiana, de la que ya se ha hablado.

20 Ver EG 84-86 (el título que introduce esta parte es: «No al pesimismo estéril»). Pero véase sobre todo la indicación de la alegría como motivo fundamental de la evangelización y de la misma vida cristiana (1ss.); se trata de la alegría que nadie podrá arrebatar (4). Sobre la invitación a no dejarse vencer por una visión pesimista frente a la situación de la familia hoy y a no alimentar el pesimismo, se ha hablado ya, citando AL 36.

21 FRANCISCO, *El nombre de Dios es Misericordia*. Una conversación con A. Tornielli (traducción española, Planeta, Barcelona, 2015). Ver también Id, *Misericordia et misera*, Carta apostólica en la conclusión del Jubileo extraordinario de la Misericordia, 20 noviembre 2016, 21.

22 Ibid. 2.

la familia se es acogido (o no acogido) antes que comprendido; o mejor: se es comprendido porque se es acogido; se ama o no se ama, se hace uno o no responsable del otro, y es por ello que se comprende o se deja de comprender; se ejercita una responsabilidad sobre los hijos sin interpelarlos, anticipando su libertad y sus opciones, más aún, haciéndolas posibles; se tiene confianza en los padres porque se experimenta su amor, con una obediencia confiada y reconocedora, aunque no se les entienda bien; se da un entrenamiento a algunas prácticas, sin tener que entender siempre su sentido, pero porque se advierte que son soporte del amor y del crecimiento.

El crecimiento de la fe en familia, cuando se es sensible a él, se entrecruza con todas estas dimensiones. Se aprende a rezar, se hace la señal de la cruz, se aprenden fórmulas tradicionales, por afecto o por costumbre antes que por conciencia. Se aprende a ir a la misa en la onda del aprendizaje de buenas prácticas, no porque se comprenda su sentido. Se aprende un contacto con Jesucristo en medio de las alegrías y de los dolores de la vida, en medio de los dilemas, en medio de las debilidades y de las riquezas de la vida. Se da una vinculación a Él, corporalmente, afectivamente, por costumbre, podemos también decir, cuasi-sacramentalmente, es decir, precisamente por contacto, más que por comprensión. El sentido de la fe *toma cuerpo* en el corazón (o en la carne) de la vida. La fe crece, se refuerza, se purifica, se verifica, mientras se crece en la verdad de la vida: mientras se aprende a amar, mientras se hace uno responsable, mientras uno se entrega. En este camino toma cuerpo la experiencia de sentirse amados o no amados por Dios, sobre una base sensible, afectiva. Naturalmente, el camino está hecho de altibajos, y también de purificación de la fe. Esta se realiza también por la aportación de la razón, pero ante todo por el esfuerzo de entrar en el amor verdadero, que es el del don, el del sacrificio de sí mismo, el de Cristo. En resumen: se da un verdadero acercamiento a Cristo, mientras se está ya en la onda de su amor pascual. Quien va amando y va entregando la vida, va conociendo a Dios, porque Dios es amor y porque el amor es sacrificio de sí mismo, riesgo de perder la vida y de volver a tenerla como don. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor (1Jn 4,8).

Hay que preguntarse si toda la catequesis no debería modularse sobre el registro afectivo-corporal de la experiencia familiar. La catequesis parroquial,

en realidad, vuelve del revés la perspectiva. El motivo de fondo es: quien conoce a Dios puede amar; más exactamente: el conocimiento de Dios y de las cosas de la fe abre a la práctica litúrgica y a la práctica de la caridad. En el signo de la primacía de conocimiento se entiende el motivo tradicional por el que la fe viene del oído, *ex auditu* (Rom. 10,17). Pero el oír, antes de estar orientado a la comprensión de la Palabra oída, es una posición corporal, es sintonía sonora y afectiva frente a la Palabra, exactamente como el escuchar de un bebé o de un niño hacia su madre, que, con palabras sin sentido, le transmite no significados, sino cariño²³. La renovación de la catequesis, aún siendo notable e importante, se ha quedado en el registro de la comprensión: de una comprensión doctrinal del mensaje cristiano hemos pasado a una comprensión más bíblica, más significativa teológica y existencialmente. Se ha reconocido la centralidad del sujeto, pero en orden a la *comprensión* de la fe; se le ha reconocido como activo, pero para que comprendiese existencialmente la fe, ya que se *aprende haciendo*. Son muchos los signos de esta primacía del registro de la comprensión. Piénsese, por ejemplo, en la insistencia en la *fe adulta* y en la primacía de la catequesis de los adultos. Estas insistencias están con frecuencia influenciadas por la pre-comprensión de que la experiencia de la fe requiere fundamentalmente la inteligencia propia del adulto; ciertamente, una inteligencia abierta, situada en un itinerario de integralidad de la experiencia, pero una inteligencia que conserva una posición de primacía²⁴. Es el precio que la transmisión de la fe sigue pagando hoy a la componente racionalista e iluminista de nuestra tradición cultural. Sin embargo, nuestra tradición cultural lo es aún más, y sería necesario retomar otros filones, quizás los más

23 Cf. A. FOSSION, *E la parola si è fatta carità*. Prefacio a S. Currò, *Perché la Parola riprenda suono: Considerazioni inattuali di catechetica*, pref. di A. Fossion, Elledici, Torino 2014, 3-4 (en francés: *Et le Verbe s'est fait «cher»*, en S. Currò, *Pour que la Parole retentisse à nouveau. Considérations inactuelles de catéchétique*, préface par André Fossion, tr. por A. Ilunga Nkulu y B. De Luzenberger, Lumen Vitae, Namur, 2016, 2.

24 También la perspectiva del encuentro con Cristo, elegida como fundamental en las recientes *Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia* (Conferencia episcopale italiana, *Incontriamo Gesù*, 29 de junio 2014), se mantiene aprisionada por la primacía de la inteligencia, como he intentado demostrar en *Il problematico orizzonte teologico-pastorale degli "Orientamenti" [sulla catechesi]*. Tra "Documento base" e nuove sfide, en «Catechesi» 84 (2014-15) 6, 29-32 (la sección sobre «La difficoltà di pensare l'incontro con Cristo como contatto») [en francés: *Pour que la Parole retentisse à nouveau*, ct. 62-65 (la sección sobre «La difficulté à penser la rencontre avec le Christ comme contact»)]

patrísticos, o los de la espiritualidad, o también, en una óptica ecuménica, algunos filones de las tradiciones de los hermanos separados.

La inteligencia, en realidad, vive de otras cosas: vive de la afectividad, de posiciones corporales ya tomadas (hacia los otros, hacia sí mismos, hacia Dios). Por otra parte, lo esencial de la vida sucede sin que nosotros lo sepamos, ya antes de nacer. La inteligencia debe liberarse de su pretensión de primacía, precisamente para que pueda llevar a cabo su tarea bien y en verdad. Si la fe no es, ante todo, cuestión de inteligencia, tampoco la transmisión de la fe puede pivotar sobre el registro de la inteligencia. La fe, antes que nada, es práctica, postura del cuerpo, entrenamiento al amor, salida del propio mundo, entrar en contacto, hacerse pequeños. El Reino de Dios pertenece a los niños (Mt 19,14), es decir, a los *in-fantes*, a los *no-hablantes*. Cuando aparece la palabra, ha sucedido ya algo esencial. Y la palabra no significa desde el momento en que se capta su significado. Ya es sonido, acción, relación. Ya está en la resonancia de bien o de mal, de Revelación o de inmanencia, de verdad o de mentira. La catequética tendría que profundizar el sentido de la resonancia de la Palabra, que es el sentido mismo de la catequesis o la huella de verdad que la atraviesa.

Si hace falta preguntarse más radicalmente sobre el sentido de la transmisión de la fe, si se quiere devolver a la catequesis el horizonte de la pedagogía de Dios, si se quiere reconciliar lo cognitivo con la base afectivo-corporal de lo humano, si se advierte que la inteligencia de la fe hay que situarla sobre la práctica de la misma, se podría verdaderamente volver a partir de la familia o intentar situarse en la longitud de onda de la educación en la familia.